

## LA MAGIA DE LA PALABRA, LA MAGIA DE LA VIDA

Desde las primeras líneas de *Donde crecen los otoños* el lector avisado sabe que está en presencia de un relato de calidad ética y estética. De calidad estética porque el autor, como todo amante de la escritura, maneja con rigor, con precisión y con riqueza su herramienta, que es la palabra. Palabra rica y tersa, precisa y preciosa, preñada de vida y de poderosas conexiones, para poner ante nuestros ojos y nuestra sensibilidad un mundo singular. Un mundo evocado a partir de la contemplación, y del olor a tiempo y experiencia, de unas viejas botas que, como las del famoso cuadro de Van Gogh, encierran todo un mundo. De ahí su fuerza ética. Unas botas que portan —como la botella de un naufrago— un mensaje para que se cumpla un destino querido, para vencer simbólicamente a la muerte.

En un momento de agonía para la novela, pero de potente vida para distintas posibilidades narrativas, Fran Álvarez nos ofrece un relato sobre la memoria como instrumento de identidad, pero también como oportunidad de cambio y de transformación; sobre el destino, no como *fatum* inexorable, sino como posibilidad que espera a ser realizada con nuestra activa participación; sobre la escritura como ejercicio responsable que exige lo mejor de sí a quien se entrega a su aventura; sobre la miseria y también la grandeza humana... sobre el amor.

En efecto, *Donde crecen los otoños* es una novela de amor: de amor a la vida, al trabajo bien hecho, a la memoria de los padres y de quienes forjaron nuestra imaginación, a la presencia de la compañera. Una novela —también— de crisis: de crisis personal y profesional, que solo se resuelve con valentía, afrontando la realidad, nos guste o no nos guste, con sus luces y sus sombras, con la vida y con la muerte... Porque no hay huida posible.

“Las historias que imaginas —dirá María al protagonista del relato, Javier— tienen siempre un perfume propio e inconfundible”. Podríamos decir otro tanto del autor, Fran Álvarez, que llega a este momento de su trayectoria con siete libros a sus espaldas: obras llenas —como en sus propios títulos se refleja— de alma, ángel, amor, silencio, intimidad, sentimiento. A este perfume propio e inconfundible la crítica literaria ofrece el apelativo menos poético de estilo. El *estilo* —diría el escritor francés Georges Louis Leclerc, conde de Buffon— es el hombre mismo. Porque en efecto, ese sesgo, esa huella que deja el autor en lo que escribe (como la dejaba el punzón, *stylus*, sobre la arcilla o la tabla encerada) es inevitablemente reflejo de su mundo interior. Y lo es en la expresión y en el contenido, pero no en una grosera correspondencia realista, sino en una sutil transformación ficcional, aunque en ella puedan latir lugares, personajes y acontecimientos que tuvieron otra vida antes de que se la proporcionara (inevitablemente transformada) esta ficción.

Hasta este momento —y también esta novela participa de dichos rasgos— la escritura de Fran Álvarez no se caracteriza por la grandilocuencia a que nos acostumbran muchas novelas actuales, sino por el sentido prodigioso que podemos encontrar en cada acto común, en cada gesto aparentemente insignificante y cotidiano. En la intrahistoria, como diría Unamuno.

Sí: magia, porque *mach-* es poder, y las cosas de cada día tienen un poder prodigioso que solo espera a ser encontrado, descifrado, leído, vivido. Como el olor a vainilla de una madre, las manchas de harina de un panadero, el frío en el cuerpo y en el alma, los cuadros en unas cajas de galletas o la música de Bach en los momentos de más tensión en el relato. “Los escritores —dirá el protagonista— somos así. Buscando constantemente historias desconocidas que nos ayuden a seguir manteniendo vivas las pasiones”. Porque de eso se trata: de experimentar la vida con apasionamiento (también en la aventura de la lectura), sin ese golpe letal de la costumbre, que nos hace sentirnos más seguros, pero menos vivos.

Fran Álvarez ha buscado aquí, como su *alter ego* Javier (a la vez, tan distinto a él), “un manuscrito que fuera más auténtico que todos los anteriores, más íntimo, más sincero y, sobre todo y ante todo, mucho más vivo y estremecedor”. Y lo ha conseguido.

Javier Moreno Galván, el protagonista, un escritor de éxito, como en una especie de *regressio ad originem*, de vuelta a sus raíces, decide viajar un 31 de octubre a su pueblo natal, a la casa de sus padres. Lleva consigo las doscientas sesenta y cuatro páginas de su última novela *El marchante de sueños*, a la que apenas faltan veinte páginas para concluir. También le acompaña su herramienta de trabajo: una *Hispano Olivetti Lexicon 80* de los años cincuenta, recibida de su padre.

Sin saberlo, en un ámbito muy reducido —casa, panadería, tienda, iglesia, fuente, residencia, galería de arte— y en un tiempo más reducido aún —apenas los cinco días que van desde el 31 de octubre al 4 de noviembre— su vida cambiará, y también su propio proyecto de escritura creativa.

Esta obra, como Javier a María, habla desde el corazón “del señor Salinas, de un muro caído en un patio trasero, de latigazos estremecedores sobre espaldas viejas, de un olivo

seco y mutilado, de una caja de galletas, de zapatos eternos que llevaban secretos de notas con alma, de una novela quemada, de una pesadilla absurda, de un misionero con chistera y nariz de payaso, de tangos locos, de adhesivos redentores para teclas agonizantes y de sueños inesperados repletos de amor y de vida”.

Ahora te corresponde a ti, lector, transitar por los caminos de la novela. Te aconsejo que lo hagas con un *tempo* de lectura lento, para que puedas saborear cada invitación y cada incitación de una obra plena de potencia sensorial: lo que vemos (y lo que no), con ricas evocaciones pictóricas, cromáticas, de claroscuros; lo que oímos, desde *La pasión según San Mateo* de Bach a un tango de Gardel, pasando por el indescriptible sonido del silencio; lo que tocamos, sea la suavidad de la piel de la persona amada o la viscosidad del líquido espeso del interior de un tronco; lo que olemos, sea el aroma de vainilla de una madre o el del café que nos recuerda al padre; lo que gustamos, pan caliente recién hecho o sardina arenque que nos transporta al pasado como la magdalena proustiana.

Pero no nos equivoquemos: más allá de esta omnipresencia del mundo de los sentidos está la búsqueda incansable del sentido. Porque todos hemos de encontrar un sentido a la existencia, que solo cada uno de nosotros podemos proporcionar. A veces, recapitulando y uniendo, como las piezas de un puzzle, toda esa rica galería de personajes que nos han llevado a ser lo que somos, aunque ahora nuestro presente y nuestro futuro estén en nuestras propias manos.

Esta obra responde a un credo laico que sostiene el protagonista, que afirma no creer en Dios, aunque Dios parece empeñado en creer en él: *Creo en los sueños de todos los hombres. Creadores del cielo, de la tierra y del corazón. Que han sido concebidos desde lo más hondo para llegar hasta lo más alto. Creo que*

*pueden llegar a ser posibles si se lucha por ellos, que se pueden conseguir si lo intentamos con fe, una y mil veces, y las que hagan falta, sin desfallecer, dejándonos la piel a cada segundo de nuestra existencia. Sueños que nos levanten del barro y el desánimo, porque su única misión es, sencillamente, la de hacernos amar la vida, la de velar por nuestra felicidad y la de todos los que nos rodean. AMÉN.*

***Manuel Ángel Vázquez Medel.***  
*Catedrático de Literatura Española. Universidad de Sevilla.*